

XI.— *La Eucaristía es un signo, y cómo.*

Tampoco negaban que fuese un signo sagrado del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor; porque sabían que el signo no siempre excluye la presencia de la cosa significada; al contrario hay signos de tal naturaleza que marcan presente la cosa que significan. Cuando decimos que un enfermo da señales de vida, queremos decir que se ve por estos signos que el alma está todavía presente en su propia y verdadera sustancia: los actos exteriores de religion se hacen para manifestar que se tiene en efecto religion en el fondo del corazón; y cuando los Ángeles se han aparecido en figura humana, estaban presentes en persona bajo aquella apariencia que nos los representaba. Así los defensores del sentido literal no decían nada de increíble, cuando enseñaban que los símbolos sagrados de la Eucaristía acompañados de estas palabras, *Este es mi cuerpo, Esta es mi sangre*, nos señalan á Jesucristo presente, y que el signo está muy estrechamente é inseparablemente unido con la cosa significada.

XII.— *Todos los misterios de Jesucristo son signos bajo ciertos respectos.*

Aun mas, es preciso reconocer que las verdades mas importantes de la religion cristiana son al mismo tiempo misterio y signo sagrado. La encarnacion de Jesucristo nos figura la union perfecta que nosotros debemos tener con la Divinidad en la gracia y en la gloria. Su nacimiento y su muerte son la figura de nuestro nacimiento y de nuestra muerte espiritual: si en el misterio de la Eucaristía se digna acercarse á nuestros cuerpos en su propia carne y en su propia sangre, por este medio nos invita á la union de los espíritus, y nos la figura: en fin, hasta que lleguemos á conocer manifestamente la verdad en su plenitud, aquella verdad que nos ha de hacer eternamente felices, toda verdad será para nosotros la figura de una verdad mas íntima: nosotros no gustaremos á Jesucristo totalmente en su propia forma, y desnudo de toda figura, sino cuando le veamos en la plenitud de su gloria á la diestra de su Padre: por esta razon si se nos da en la Eucaristía en sustancia y en verdad, es bajo una especie extraña. Aquí hay un gran sacramento y un gran misterio; en el cual, bajo la forma de pan se nos oculta un cuerpo verdadero;

en el cual, en el cuerpo de un hombre se nos oculta la majestad y el poder de Dios; y en el cual se ejecutan cosas tan grandes de un modo impenetrable al sentido humano.

XIII.— *Bucero juega con las palabras.*

Como manejaba Bucero los equívocos en estas diversas significaciones de las palabras sacramento y misterio! Y cuántos esquivos podía procurarse en los términos de que cada uno procuraba sacar ventaja! Si admitía una presencia y una union real y sustancial, aunque no expresase siempre que la entendía por la fe, creía haberlo compuesto todo uniendo á sus expresiones la palabra *sacramental*: y despues clamaba con toda su fuerza, que solo se disputaba sobre palabras, y que era una cosa muy extraña perturbar la Iglesia é impedir el curso de la Reforma con una disputa tan vana.

XIV.— *Oecolampadio advirtió á Bucero la ilusion que padecia en estos equívocos.*

Però nadie le queria creer. No solamente Lutero y los Luteranos se reían de él cuando queria convertir en una disputa de palabras toda la disputa acerca de la Eucaristía: hasta los de su partido le decían que estaba engañando al mundo con su presencia sustancial que no era en el fondo mas que una presencia por la fe. Oecolampadio habia conocido cuánto confundía la materia con su presencia sustancial del cuerpo y de la sangre, y le habia escrito un poco antes de morir, que solo habia en la Eucaristía para los que creían, «una promesa eficaz de la remision de los pecados por el cuerpo entregado, y por la sangre derramada: Que nuestras almas eran nutridas con este alimento, y nuestros cuerpos asociados á la resurreccion por el Espíritu Santo: Que así nosotros recibíamos el verdadero cuerpo, y no solamente pan ni un simple signo (se guardaba bien de decir que se recibía el cuerpo sustancialmente): Que á la verdad los impíos no recibían mas que una figura; però que Jesucristo estaba presente á los suyos como Dios que es, y que nos fortifica y gobierna.» Esta era toda la presencia que queria Oecolampadio, y concluía con estas palabras: «Hé aquí, mi querido Bucero, todo lo que podemos conceder á los Luteranos. La oscuridad es peligrosa para nuestras iglesias. Conducíos, hermano mio, de manera que no frustreis nuestras esperanzas.»

<sup>1</sup> Epist. Oecol. ap. Hosp. an. 1530, 112.

XV. — *Parecer de los de Zurich.* (1532). Los de Zurich le manifestaron todavía con mas franqueza, que era una ilusion decir, como él lo hacia, que esta disputa no era mas que de palabras, advirtiéndole, que este modo de explicarse le conducia á la doctrina de Lutero, la que abrazó en efecto, pero no tan pronto. Entre tanto ellos se quejaban altamente de Lutero, que no queria tratarlos como hermanos: no dejaban de reconocerle por un excelente servidor de Dios<sup>1</sup>; pero se notó en el partido que esta moderacion le hizo mas inhumano é insolente<sup>2</sup>.

XVI. — *Confesion de fe de los de Basilea.* (1534). Los de Basilea se mostraban muy distantes así de las opiniones de Lutero como de los equívocos de Bucero. En la profesion de fe que se halla en la coleccion de Ginebra en el año de 1532, y en la Historia de Hospiniano al año 1534, quizás porque se publicó la primera vez en la historia de estos años, y se renovó despues en la otra, dicen ellos que, «así como el agua queda en el Bautismo, donde se nos ofrece el perdon de los pecados; del mismo modo permanecen el pan y el vino en la Cena, donde con el pan y el vino nos es figurado y ofrecido por el ministro el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Jesucristo.» Para explicarse con mas claridad, añaden «que nuestras almas se alimentan con el cuerpo y la sangre de Jesucristo por medio de una fe verdadera,» y ponen al margen por via de aclaracion, «que Jesucristo está presente en la Cena, pero sacramentalmente y por la memoria de la fe, que eleva al hombre al cielo, y no separa de allí á Jesucristo.» Y por último, concluyen diciendo, «que ellos no encierran el cuerpo natural, verdadero y sustancial de Jesucristo en el pan y en la bebida, ni adoran á Jesucristo en los signos de pan y de vino, que se llaman ordinariamente el sacramento del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, sino en el cielo, á la diestra de Dios su Padre, desde donde vendrá á juzgar á los vivos y á los muertos.»

Esto era lo que Bucero no queria decir ni explicar claramente, que Jesucristo, en cuanto hombre, no estaba sino en el cielo, aun-

<sup>1</sup> Hosp. 127. — <sup>2</sup> Ep. ad March. Brand. ibid. — <sup>3</sup> Hosp. ibid. — <sup>4</sup> Conf. Bas. 1532, art. 7, Synt. 1 part. 72.

que tal fuese entonces su opinion por lo que podemos juzgar: pero él se entregaba cada vez mas y mas á pensamientos tan metafísicos, que ni Escoto ni los mas sutiles escotistas le igualan, y sobre sus abstracciones hacia que rodasen sus equívocos:

XVII. — *Conferencia de Lutero con el diablo.*

En este tiempo publicó Lutero aquel libro contra la misa privada<sup>1</sup>, en que se lee la famosa conversacion que habia tenido en otro tiempo con el ángel de tinieblas, y en la cual, por las razones que este le alegó, abolió como impia la misa que habia estado celebrando por tantos años y con tanta devocion, si le hemos de creer á él. Es cosa maravillosa ver la seriedad y viveza con que describe como despertó todo sobresaltado en medio de la noche; la aparicion del diablo para disputar con él; «el espanto que se apoderó de él, sus sudores, su temblor, y los horribles latidos de su corazón en esta disputa; los fuertes argumentos del demonio, que no dejaba un momento de reposo á su espíritu; el sonido de su poderosa voz; su modo abrumador de disputar, en que se oian á la vez la pregunta y la respuesta.» «Conoció entonces, dice, segun sucede muchas veces, que se muere uno hácia la mañana, porque el diablo puede matar y ahogar á los hombres; y sin eso los estrecha tanto con sus disputas, que basta para morir uno, como yo lo he experimentado muchas veces.» Nos hace saber de paso que el diablo le acometia muchas veces de la misma manera; y si hemos de juzgar de otros ataques por este que refiere, debemos creer que aprendió del diablo otras muchas cosas mas que la condenacion de la misa. En este lugar atribuye al espíritu maligno la muerte repentina de Oecolampadio, lo mismo que la de Emsér, que en otro tiempo se habia opuesto tanto al Luteranismo naciente. No quiero extenderme sobre una materia tan despreciable: bástame observar que Dios, para confusion, ó mas bien para la conversion de los enemigos de la Iglesia, permitió que Lutero cayese en tan grande ceguedad para confesar, no que el demonio le atormentaba con frecuencia, lo que podia serle comun con muchos Santos; sino, lo que le es muy peculiar, que se convirtió por los cuidados del demonio, y que este espíritu de mentira fue su maestro en uno de los puntos principales de su Reforma.

<sup>1</sup> De abr. Miss. priv. t. VII, 216.

En vano se dice á esto que el diablo no disputó con Lutero, sino para reducirlo á la desesperacion, convenciéndole del crimen que habia cometido diciendo misa por tantos años; porque la disputa no tenia este objeto. Cuando Lutero manifestó que estaba convencido, y que ya no tenia nada que responder, el demonio no insistió mas, y Lutero estaba en la inteligencia de que habia aprendido una verdad que no sabia. Si el hecho es cierto, ¡qué horror haber tenido semejante maestro! Si Lutero se lo ha imaginado, ¡cuán llena tenia su alma de ilusiones y negros pensamientos! Y si lo ha inventado, ¡qué honor se da con tan triste aventura!

XVIII.—*Acalóranse los suizos contra Lutero*, por el modo en que el cuerpo de Jesucristo no está encerrado en el pan. Los suizos se escandalizaron de la conferencia de Lutero, no tanto porque el diablo aparecia en ella como doctor, porque les era muy difícil defenderse de este mismo cargo, puesto que Zuinglio, como hemos visto, se habia jactado de haber tenido otra vision semejante, cuanto porque no pudieron sufrir el modo con que trataba á Obed lampadio. Hubo con este motivo escritos muy agrios, pero Bucero continuaba su negociacion, y se tuvo por su mediacion una conferencia en Constanza para la reunion de los dos partidos. En ella declararon los de Zurich que se acomodarian con Lutero, á condicion de que por su parte les concediese tres puntos: uno, que la carne de Jesucristo no se comia sino por la fe; otro, que Jesucristo en cuanto hombre estaba solamente en un punto determinado del cielo; y el tercero, que estaba presente en la Eucaristía por la fe, de una manera propia de los Sacramentos. Esta propuesta era clara y sin ningun equívoco. Los demás suizos, y particularmente los de Basilea, aprobaron una declaracion tan explícita de su comun opinion. Tambien era conforme en un todo con la confesion de Basilea; pero aunque esta confesion daba una idea completa de la doctrina del sentido figurado, los de Basilea que la habian compuesto, no dejaron de formar otra dos años despues con ocasion de lo que vamos á referir.

XIX.—*Otra confesion de Basilea, modificada la anterior* (1536). El año de 1536 llegaron á Estrasburgo Bucero y Capiton. Estos dos famosos artífices de los equívocos mas refinados,

<sup>1</sup> Hosp. ad an. 1533, 131. — <sup>2</sup> Hosp. 136.

valiéndose de la ocasion de las confesiones de fe, que las iglesias, separadas de Roma, se disponian á enviar al concilio que el Papa acababa de anunciar, pidieron á los suizos que arreglasen una que estuviese extendida de modo que pudiese servir para el acomodamiento, que habia muchas esperanzas de conseguir; es decir, que convenia elegir unos términos que los Luteranos, ardientes defensores de la presencia real, pudiesen tomar en buena parte. Con esta mira se extendió una nueva profesion de fe, que es la segunda de Basilea: en ella se suprimieron de la primera, de que hemos hablado, las expresiones que marcaban con la mayor precision que Jesucristo no estaba presente sino en el cielo, y que no se reconocia en el Sacramento mas que una presencia sacramental, y solamente por el recuerdo. Á la verdad los suizos insistian en decir siempre, como lo habian dicho en la primera confesion de Basilea, que el cuerpo de Jesucristo no está encerrado en el pan. Mas si se hubiera usado de estos términos sin ningun temperamento, los Luteranos hubieran conocido desde luego que no se quería la presencia real; pero Bucero hallaba expediente para todo. Por insinuacion suya resolvieron decir los de Basilea que el cuerpo y la sangre no están naturalmente «unidos al pan y al vino; pero que el pan y el vino son símbolos «por los cuales Jesucristo mismo nos da una verdadera comunicacion de su cuerpo y de su sangre, no para servir al estómago de «un nutrimento perecedero, sino para ser un alimento de vida eterna.» El resto no es más que una explicacion bastante larga de los frutos de la Eucaristía, en que conviene todo el mundo.

XX.—*Equivoco de esta confesion de fe.*

No habia en este documento ninguna voz en que no pudiesen convenir los Luteranos; porque ellos no dicen que el cuerpo de Jesucristo es un alimento para nuestro estómago, y enseñan que Jesucristo está unido al pan y al vino de un modo incomprendible, celestial y sobrenatural, de modo que se puede decir, sin que se ofendan, que no está unido naturalmente con el pan y el vino. Los suizos no penetraron mas adentro. De modo que á favor de esta expresion pasó el artículo concebido en unos términos con que podia conformarse un luterano, y cuando mas solo se podian desear expresiones mas precisas y menos generales.

<sup>1</sup> Syntag. Conf. Gen. de Helv. Conf. Hosp. part. II, 141. — <sup>2</sup> Conf. Bas. 1536, art. 22; Synt. p. 1, pag. 70.

De la presencia sustancial, de que se trataba en aquel tiempo, no quisieron hablar ni bien ni mal, y esto fue todo lo que Bucero pudo conseguir. Con el tiempo tampoco se atuvieron á la primera ni á la segunda confesion de fe que habian publicado de comun acuerdo; y veremos á su tiempo aparecer una tercera con expresiones enteramente nuevas.

XXI.—*Cada uno sigue las impresiones de su mentor.*

Los de Zurich, adotrados por Zuinglio, y llenos de su espíritu, no entraron con Bucero en ninguna composicion; y en vez de dar, como los de Basilea, una nueva confesion de fe; para mostrar que persistian en la doctrina de su maestro, publicaron la que habian dirigido á Francisco I, y que ya hemos referido, en la cual no se admite otra presencia en la Eucaristía sino la que se verifica por la contemplacion de la fe, excluyendo terminantemente la presencia sustancial.

Así continuaban explicándose en un sentido natural, siendo los únicos que así lo hicieron entre los defensores del sentido figurado; y puede verse en este tiempo, que en la nueva Reforma cada iglesia obraba segun la impresion que habia recibido de su maestro. Lutero y Zuinglio, fogosos y extremados, imprimieron este carácter en los Lutheranos y en los de Zurich, y alejaron todo temperamento. Como OEcolampadio era mas moderado, tambien se ve que los de Basilea eran mas condescendientes; y los de Estrasburgo entraron en todos los paliativos, ó por mejor decir, en todos los equívocos y en todas las ilusiones de Bucero.

XXII.—*Bucero confiesa que los indignos reciben realmente el cuerpo de Cristo.*

Llevó esto las cosas tan adelante, que despues de haber concedido cuanto se podía desear sobre la presencia real, esencial, sustancial, y aun natural, es decir, sobre la presencia de Jesucristo segun su naturaleza; todavía halló modo de hacer que lo recibiesen realmente los fieles que comulgan indignamente. Solo exigia que no se hablase de impíos ni de infieles, para los cuales no habia sido instituido este santo misterio; diciendo sin embargo que sobre este punto no queria disputar con nadie.

<sup>1</sup> Hosp. p. 21, f. 135.

(1536) Con todas estas explicaciones no es extraño que consiguiese apaciguar á Lutero; hasta entonces implacable. Lutero creyó en efecto que los Sacramentarios adoptaban la doctrina de la confesion de Ausburgo y de la Apología. Melancton, con quien negociaba Bucero, le envió á decir que encontraba á Lutero mas tratable, y que ya empezaba á hablar mas amistosamente de él y de sus concoleas. En fin, se tuvo la asamblea de Vitemberg en Sajonia, á la que concurren los diputados de las iglesias de Alemania de los dos partidos. Lutero tomó desde luego un tono muy alto, exigiendo que Bucero y los suyos se retractasen, y no queriendo oír lo que decían, á saber, que la disputa no estaba tanto en la cosa como en el modo. Pero en fin, despues de muchos discursos, en que mostró Bucero toda su habilidad, tomó Lutero por retractacion estos artículos en que convinieron este ministro y sus compañeros.

XXIII.—*Convenio de Vitemberg y sus seis artículos.*

1.º Que segun las palabras de san Iréneo, la Eucaristía consiste en dos cosas, la una terrena, y la otra celestial; y por consiguiente que el cuerpo y la sangre de Jesucristo están verdadera y sustancialmente presentes, y se dan y reciben con el pan y con el vino.

2.º Que aunque ellos desechaban la transustanciacion, y no creían que el cuerpo de Cristo estuviese encerrado en el pan, ó que estuviese unido al pan por mucho tiempo fuera del uso del Sacramento, no podian menos de confesar que el pan era el cuerpo de Jesucristo mediante una union sacramental; es decir, que estando presente el pan, tambien estaba juntamente presente el cuerpo de Jesucristo, y se daba verdaderamente.

3.º Añadian sin embargo: «Que fuera del uso del Sacramento, y mientras está reservado en el copon, ó cuando se lleva en las procesiones, creen que aquello no es el cuerpo de Jesucristo.»

4.º Y concluían diciendo: «Que esta institucion del Sacramento tiene su fuerza en la Iglesia, y no depende de la dignidad ó indignidad del ministro, ni del que le recibe.»

5.º Que en cuanto á los indignos, que segun san Pablo comen verdaderamente el Sacramento, les son verdaderamente presentados el cuerpo y la sangre de Jesucristo y LOS RECIBEN VERDADERA-

<sup>1</sup> Hosp. p. 2, an. 1535, 1536.

«MENTE, cuando se observan las palabras y la institucion de Jesu-  
«sucristo.»

6.º «Que sin embargo lo toman para su condenacion, como dice  
«el mismo san Pablo, porque abusan del Sacramento recibéndolo  
«sin penitencia y SIN FE <sup>1</sup>.»

XXIV. — *Bucero engaña á Lutero, y elude los términos del convenio.*

Lutero no tenia, al parecer, mas que desear. Cuando se le con-  
cedia que la Eucaristía consiste en dos cosas, una celestial, y otra  
terrena, y de aquí se concluía que el cuerpo de Jesucristo está sus-  
tancialmente presente con el pan, se declaraba con bastante clari-  
dad que no está solamente presente al espíritu y por la fe; pero  
Lutero, que no ignoraba las sutilezas de los Sacramentarios, los es-  
trechó mucho mas, haciéndoles decir que aun «los que no tienen  
«fe, no dejan de recibir verdaderamente el cuerpo de Nuestro Se-  
«ñor <sup>2</sup>.»

No era de sospechar que creyesen que el cuerpo de Jesucristo no  
estuviese presente en la Eucaristía sino por la fe, cuando confesa-  
ban no solo que estaba presente, sino tambien que lo recibian ver-  
daderamente los que se hallaban *sin fe, y sin penitencia*.

Despues de esta confesion de los Sacramentarios, se persuadió  
fácilmente Lutero que no habia mas que exigirles, y pensó que ha-  
bian dicho todo lo que se necesitaba para confesar la realidad: pero  
todavía no sabia que aquellos doctores tenian secretos particulares  
para explicarlo todo. Por claras que le pareciesen las palabras del  
convenio, sabia Bucero cómo desenredarse de ellas, y publicó mu-  
chos escritos, donde explica á los suyos en qué sentido entendia  
cada palabra del convenio: en ellos declara <sup>3</sup> que «los que, segun  
«san Pablo, son reos del cuerpo y de la sangre, no reciben sola-  
«mente el Sacramento, sino en efecto la cosa misma, ni están sin fe,  
«si bien no tienen aquella fe viva que nos salva, ni una verdadera  
«devocion de corazon.»

¿Quién hubiera creído jamás que los defensores del sentido figu-  
rado podian confesar que en la Cena se recibia verdaderamente el  
cuerpo y la sangre del Señor sin tener la fe que nos salva? ¡Pues  
qué! una fe que no basta para justificarnos, ¿basta, segun sus prin-

<sup>1</sup> Hosp. p. 2, an. 1535, f. 145, in lib. Conc. 729. — <sup>2</sup> Art. 5 y 6. — <sup>3</sup> Buc.  
declar. Conc. Vit. id. ap. Hosp. an. 1536, 148 et seq.

cipios, para comunicarnos verdaderamente á Jesucristo? Toda su  
doctrina resiste este pensamiento de Bucero: y este ministro mis-  
mo, aunque fuese cien veces mas sutil, nunca podria conciliar lo  
que dice aquí con las demás máximas suyas. Pero no tratamos ahora  
de examinar las sutilezas con que Bucero se aparta del acuerdo que  
habia firmado en Vitemberg: nos basta consignar este hecho cons-  
tante: que todas las iglesias de Alemania que defendian el sentido  
figurado, reunidas en cuerpo por medio de sus diputados convinie-  
ron, por una acta auténtica, en «Que el cuerpo y la sangre de Je-  
«sucristo están verdaderamente y sustancialmente presentes, y se  
«dan y reciben en la Cena con el pan y con el vino; y que los in-  
«dignos que están SIN FE, no dejan de recibir este cuerpo y esta san-  
«gre, con tal que guarden las palabras de la institucion.»

Si estas expresiones pueden conciliarse con el sentido figurado,  
no se puede saber nunca lo que significan las palabras, y lo halla-  
remos todo en todas las cosas. Unos hombres que se han acostum-  
brado á desnaturalizar de esta manera el lenguaje humano, harán  
decir cuanto ellos quieran á la Escritura y á los Padres; y no hay  
que admirarse de tantas violentas interpretaciones como dan á los  
pasajes mas claros.

XXV. — *Opinion de Calvino sobre los equívocos en materia de fe.*

Dejo al juicio de los Protestantes el saber si Bucero tenia un de-  
signio formal de divertir al mundo con sus equívocos afectados, ó si  
alguna idea confusa de realidad le hizo creer que podia suscribir de  
buena fe á unas expresiones tan evidentemente contrarias al sen-  
tido figurado. Lo cierto es que Calvino, amigo suyo, y en cierto  
modo su discípulo, cuando queria expresar una oscuridad repre-  
sible en una profesion de fe, decia: «No hay nada mas enredado,  
«oscuro, ambiguo y tortuoso en Bucero mismo.»

Estas artificiosas ambigüedades eran tan propias de la índole de  
de la nueva Reforma, que el mismo Melancton, como quien dice,  
el mas sincero de todos los hombres por su natural, y el que mas  
habia condenado los equívocos en las materias de fe, se dejó arras-  
trar hácia ellos contra su inclinación. Tenemos una carta suya es-  
crita el año de 1541, en que dice que nada era mas indigno de la  
Iglesia, «que valerse de equívocos en las confesiones de fe, y ex-  
«tender artículos que tengan necesidad de otros artículos para ex-

<sup>1</sup> Ep. Calv. p. 50.